

POR LA ESCUELA CUBANA EN CUBA LIBRE

Perico, el Burro Mendigo

La policia lo defiende, los muchachos lo respetan, los hombres lo admiran, los politicos lo imitan y las mujeres pilongas le dan de comer. *rec 26/41*

"A todo hay quien gane...", reza el dicho popular, cuyo aserto tiene casi la categoria de axioma, porque en las balumbas de este bajo y complicado mundo, en el que todo se mixtifica y todo se confunde, siempre hay—y surge siempre cuando menos lo esperamos

comerciante que, en menos tiempo del que necesita un cura loco para persignarse, se prende al socorrido recurso de la quiebra; de un funcionario público que defrauda los fondos a su custodia; una dama que corcebea de un marido transigente. Pero el asunto a tra-



Perico llega a una casa y toca con la cabeza.

ese tipo sui generis, al que se ha catalogado dentro de la fauna criolla con el nombre de "vivo", QUIEN NOS GANE... ya que la vida, en sus múltiples manifestaciones, a diario nos ofrece el pintoresco y variado panorama de "algo nuevo" en el fenómeno de un político trepador—desaprensivo por la falta de pudor y saltimbanqui por la falta de otra cosa—que, por obra y gracia de inconfesables procedimientos, violentamente se encarama; de un banquero que, con arte y maña, sabe dar el palo; de un honorable

tar es otro. Hoy se trata de un caso insólito, digno de una especial mención en CREALO O NO LO CREA: Del caso de Perico, conocido ya en toda la comarca por: "El bu-

rrero mendigo", cuyo nombre se ha hecho institución en Santa Clara y cuyos hechos—por su originalidad—merecen los honores del espaldarazo de la letra de molde, por cuanto ellos tienen la ostensible significación de la ventaja que Perico ha sabido imprimirle a su astuta experiencia de atorrante, en la alternativa piadosa que recibe, para tocar o llamar con sus rebuznos a las puertas amigas don-

Escritura por Perico

2)

de diariamente recibe de manos gentiles y dadasos el pedazo de pan o el trozo de dulce que, para calma de su gula pantagruélica, le ofrecen las familias villaclareñas. Caso singularísimo éste de Perico, definitivamente resistido a todo trabajo corporal y rotundamente negado a realizar otra labor que no sea la de su cotidiano deambular por las calles citadinas, buscándose la comida—con el consentimiento de la Policía, que humana y solícitamente lo cuida—y con la amigable protección de la chiquillería callejera, aun de la más traviesa, que lo mimas, lo orienta y lo defiende. Caso simpatiquísimo, repetimos, y verdaderamente curioso, el de este burro viejo (que quizá por viejo sepa más que por burro), en su diario deambular por todas las calles de la Ciudad, mendigando con habilidad extraordinaria y cronométrica precisión, las migajas que le sirven de sustento. Tal es así que Perico—en determinadas horas del día, y a veces de la noche, cuando las tripas se lo exigen—solo y exclusivamente aplica el al-dabonazo de sus descalzos cascos, o el toque estridente de su sirena gutural en las puertas de las casas

donde sabe de antemano que ya tiene reservadas para él las golosinas con que nutre su sanchezca y panzona humanidad, y jamás pierde el tiempo pidiendo donde sabe que no le dan ni le dicen donde hay; modalidad ésta demostrativa de que el burrito de marras tiene más talento que la mayoría de los políticos incautos que, víctimas de esos políticos antes aludidos, nos pasamos la vida en eterna espera del mendrugo que nos ofrecen y que jamás llega.

Precisamente la mayor habilidad de Perico, en su peregrinación tras-humante de indigencia, estriba en el hecho de la percepción asombrosa y el sorprendente tacto con que actúa para seleccionar a sus favorecedores; clientela en su mayoría de familias pudientes donde hay siempre sobrante el regalo que le guardan. Y es así como lo vemos a diario, en su quelónico recorrido, turnar las residencias donde ha de hacer parada. Al respecto pudiéramos traer a colación mu-

chas curiosas anécdotas, de innegable sabor cómico relacionadas con Perico y sus amistades benefactoras, pero este trabajo se haría demasiado extenso. No obstante, vamos a referir dos que no tienen desperdicio. He aquí la primera: Por cualesquier café de la población que Perico pase y oiga la voz del señor Chacho Suárez, Agente de una cervecería en esta plaza, hace una parada de búsqueda y, a veces, hasta penetra al recinto para saludar a dicho comerciante y pegarle la gorra consiguiente; pero lo curioso del caso no es esto. Verán: Si la cerveza que Chacho le brinda es "al tiempo", no la acepta, y no se va hasta que a pico de botella no le ofrecen una "fría". La otra es ésta: Frente a la plaza del Mercado, por la calle de Colón, se le ocurrió a Perico hacer uno de sus aterrizajes y ahí se plantó—atravesando en plena vía su gentil figura—y no valían las exhortaciones de sus ecobios, los muchachos callejeros, ni los afectuosos y persuasivos requerimientos del vigilante de posta para que el indigente cuadrúpedo abandonara su actitud, transgresiva de las ordenanzas municipales, interruptora del tránsito; esto motivó que un exasperado conductor de camión pretendiera ligarle una brava al inteligente burro. Pero ahí fué Tro-

ya, el Vigilante, enfurecido, partió seco al camionero agresivo, increpándolo de este modo:

—Amigo... un momento: Usted no ve que es Perico...? Y el burro no se hubiera apartado a no ser por la oportuna intervención de un negritillo saltarín que, enarbolando una empanadita de a kilo, lo llamó: —Toma, Perico...

Por eso, al referirnos al burro mendigo en esas zarandajas escritas a toda prisa, se nos ha ocurrido asegurar que "a todo hay quien gane"; porque seguros estamos de que Perico, cuyo nombre, repetimos, que ya es en Santa Clara una institución, ha batido todos los records como indigente público, y en tal virtud como homenaje se simpatizó a ese maravilloso ejemplar de la clase (plaga que en la capital de Las Villas, con procedencia de los pueblos limítrofes—pues, dicho sea de paso, del patio hay

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

l

3

193



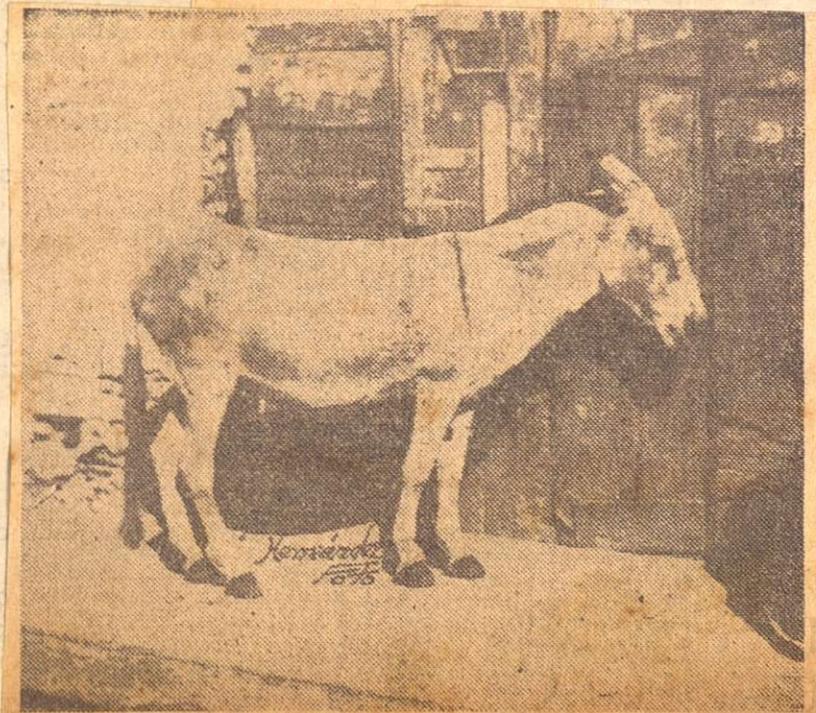
Una mano amiga le da un pedazo de pan.

contados limosneros—azote al tran
seunte) no hemos podido, re
nos a la tentación de dedica
a Perico este jirico saludo:
Perico, igual que Job, en indolencia
perenne y continuada, filósofa
optimista exhibiendo su paciencia.
Sin importarle un bledo que la mofa
pública muerda en la indigencia
de su senil anatomía fofa...
él pasea su burri indiferencia,
como Job, e indolente filósofa
en su éxodo constante de mendigo
alternand, con todos como amigo.
Oh Perico, yo envidio tu grandeza
de bohemio trashumante e indigen-

(te
y, a tu paso, saludo reverente
la triunfal majestad de tu pobreza.

Ismael I. Rosell.

Villaciara, Octubre 1941.



Perico, el Burro Mendigo.

IP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA CIUDAD

Mi Oct 26/41